

de la propia aristocracia (*Ciudades de España: entre historia y genealogía*). Para la autora, la difusión en Castilla de los estatutos de limpieza de sangre obedece más a la obsesión por esta nobleza «moral» que al antisemitismo al que a veces se ha dado un protagonismo exagerado. Este es el tema del capítulo *Mancilla y limpieza*, muy útil para entender las mentalidades colectivas no siempre acordes con el mensaje evangélico al asociar categorías morales personales (pecado) con realidades sociales colectivas (villanía).

Finalmente el último capítulo está dedicado a la figura de don Álvaro de Luna, el íncito privado de Juan II que tanto contribuiría al afianzamiento del poder real y el gobierno de partidos que después se volvieron contra él. Desgranando los tres sustantivos *Privanza, Fortuna y Política*, la autora describe la parábola política de este asombroso personaje, las bases aristocráticas de su poder, su pensamiento y su caída en 1453. Un oportuno final para esta selección de trabajos con los que se puede estar más o menos de acuerdo, pero brillan por su claridad expositiva y la audacia de sus interpretaciones. Con una bibliografía tal vez selectiva, la autora ha acudido a las fuentes primarias sin prejuicios, extrayendo de ellas un valioso caudal de información con que desmontar antiguos paradigmas, estimular el debate y ofrecer nuevas formas de acercamiento al fecundo legado de la Castilla medieval.

A. Fernández de Córdoba

**José SÁNCHEZ HERRERO**, *Historia de la Iglesia, II: Edad Media*, Biblioteca de Autores Cristianos (Colección Sapientia Fidei. Serie de Manuales de Teología, 30), Madrid 2005, 580 pp.

Tras algunas décadas en que el mundo editorial se mostraba parco en obras generales sobre la Iglesia medieval, los últimos años han sido testigos de un mayor interés por síntesis de este tipo. En el ámbito español, la obra clásica de Bernardino Llorca y otros autores fue

renovada por José Orlandis, Jesús Álvarez, Francisco Martín Hernández, y en la década de 1990 por Emilio Mitre Fernández. Simultáneamente a la aparición del segundo volumen de la *Historia del Cristianismo* (Editorial Trotta, 2004) dirigida por éste, la Biblioteca de Autores Cristianos ha editado el tomo correspondiente a la *Historia de la Iglesia medieval* en su colección de Manuales de Teología.

Se ha encargado de su realización José Sánchez Herrero, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Sevilla, autor de diversos trabajos sobre la Iglesia castellana y colaborador de ambiciosas empresas editoriales como el *Synodicon Hispanum* y la *Historia de las diócesis españolas*. Un especialista, por tanto, que en este volumen de casi 600 páginas actualiza nuestros conocimientos sobre la Iglesia medieval, integrando en una explicación general las aportaciones más o menos recientes de la historia de las mentalidades, la sociología religiosa, la antropología simbólica y una historia política abierta a nuevos horizontes interpretativos. Esta pretensión de globalidad queda formalizada en las primeras páginas del libro, donde el autor expone su objetivo de analizar la Iglesia «en su totalidad de miembros y de funciones [...] dentro de una metodología científica actual, la denominada “historia total”» (p. xx).

El marco cronológico del volumen comprende desde la integración de las sociedades germánicas en el orbe cristiano (siglo IV) hasta la desaparición del imperio Bizantino con la caída de Constantinopla a mediados del siglo XV; dos sucesos que ponen de manifiesto la larga sombra del Imperio Romano y su paradójico legado a una Europa que emergió sobre sus ruinas –la *pars occidentis*– y construyó su identidad en un progresivo alejamiento de la parte oriental bizantina.

El manual está dividido en siete grandes capítulos de acuerdo a un orden cronológico y geográfico: el primero aborda las migraciones germánicas y la formación de las iglesias cristianas, la evolución dogmática de los primeros

concilios ecuménicos, el desarrollo del papado y la formación de una espiritualidad sacramental estimulada por el culto a los santos y la expansión monacal. El segundo capítulo se centra en la alianza del papado y la dinastía pipínida-carolingia, así como la reactivación misionera simultánea al esfuerzo del poder político y eclesiástico por mejorar la formación intelectual del clero y el pueblo cristiano. Tras la crisis generada por las «segundas invasiones», se estudia el surgimiento de la nueva iglesia imperial nacida a la sombra de los Otones y la acción reformadora de Cluny (capítulo III). Finalmente vendrá la afirmación del papado como consecuencia de su esfuerzo por evitar la ingerencia del poder secular en los asuntos eclesiásticos y por elevar el nivel moral del clero (capítulo IV).

El apartado dedicado al «movido siglo XII» explica el desarrollo de las líneas esbozadas por la Iglesia carolingia: la prolongación del enfrentamiento sacerdocio-imperio, la empresa de las Cruzadas, la renovación cisterciense, la maduración de la vida sacramental en el laicado, y el impulso cultural de las escuelas monásticas o catedralicias. «El nuevo rostro de la Iglesia» que aparece en el siglo XIII es consecuencia de su maduración intelectual, teológica e institucional, que cristaliza en la consolidación de la supremacía pontificia, la intensa actividad conciliar, el surgimiento de las universidades y la expansión de las nuevas órdenes mendicantes. Sin embargo, el desgaste por la pugna con los poderes seculares acabará sumiendo a la Iglesia en el «tiempo de los cismas», caracterizado por el repliegue del papado a Aviñón, la división cismática y el desarrollo de la corriente conciliarista. Fracturas todas ellas que fueron coincidentes con una reactivación de la vida espiritual a través de nuevas formas de devoción, pero también de manifestaciones heréticas y disidencia religiosa.

La mera mención de todos estos temas da una idea de la densidad informativa y la dificultad que afronta el historiador a la hora de sintetizarlos o dotarlos de coherencia. En este

sentido el hilo argumental tiende a seguir las vicisitudes de las relaciones del papado con los poderes seculares y el desarrollo de las instituciones eclesiásticas más importantes. Sin embargo el autor se esfuerza por ampliar el horizonte interpretativo abordando también las manifestaciones religiosas, las realidades eclesiales más diversas y las empresas culturales impulsadas por la Iglesia del Medioevo. De ahí que el manual ofrezca aportaciones novedosas en el campo de la piedad, las sensibilidades o la historia de la espiritualidad; sin descuidar los temas más clásicos –revisados y matizados con la reciente historiografía–, ni los temas más «polémicos» como la Inquisición o el movimiento cruzado, que el autor analiza con ponderación.

La información es por tanto tan variada y abundante que a veces el texto podría parecer excesivamente prolijo, corriendo el riesgo de ocultar las líneas maestras de la explicación, tan necesarias para orientar al público estudiante al que está destinada la obra. De ahí que hubiera sido útil perfilar con mayor rotundidad los grandes procesos evolutivos, tal vez con breves párrafos introductorios que sintetizaran las líneas generales de los capítulos. Sea como fuere, nos hallamos ante una obra de referencia, con certeros análisis y pretensiones de exhaustividad, que aporta un material precioso tanto al público universitario como a cualquiera que pretenda conocer la riqueza y los apasionantes desafíos de la Iglesia medieval.

A. Fernández de Córdova

**Thierry DE CHARTRES**, *Tratado de la obra de los seis días (Tractatus de sex dierum operibus)*, presentación de M<sup>a</sup> Jesús Soto-Bruna, estudio preliminar de Elisabeth Reinhardt; preámbulo filológico, traducción y comentario de M<sup>a</sup> Pilar García Ruiz, EUNSA («Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista», 92), Pamplona 2007, 155 pp. + 28 ilustraciones.

Como se nos indica en la presentación, este libro es uno de los resultados del proyecto